



Boletín BUBISHER

Mayo 2026

SUMARIO:

JUGAR, SIMPLEMENTE JUGAR	2
HABLEMOS DE SALUD MENTAL	3
EL JARDÍN CONTRA EL VIENTO	4
1 DE MAYO	6
¡¡¡FEDERICO!!!	7
REGRESO A LA INFANCIA CON BUBISHER	8
SENTADA	10
“PAN Y LIBROS”	12
EL CÍRCULO DE LA VIDA	14
VUELVE A MÍ	16
EL ANTIFAZ DE CRISTAL (PEDAGOGÍA FRENTE AL OLVIDO DIGITAL)	17
EL ¿SILENCIO? DE LOS CORDEROS	19
MI NIÑA DEL DESIERTO	21
SANDÍAS	22
EL BUBISHER VUELA DE MÉXICO A IRLANDA	23
GENTE MARAVILLOSA	24

JUGAR, SIMPLEMENTE JUGAR



No vemos la jaima, pero podemos imaginar que estas tres niñas están sentadas delante de su entrada. Han terminado de desayunar y la niña de la izquierda ni siquiera se ha cambiado el pijama.

Están cómodas sobre la fina arena. La arena es mesa, silla, alfombra, patio y lugar de recreo. En el Sáhara decimos «*trab rahma*», es decir: que la tierra es misericordia y compasión; también, viendo a estas niñas desenvolverse sobre ella, es gracia y ternura. Y qué tierna es esta imagen donde la tierra se vuelve como una especie de alfombra mágica.

Cuando se tomó esta foto, parece que las tres niñas ya llevaban un buen rato jugando. En la arena hay repartidas cartas con dibujos coloridos de personajes: un rey, una reina, un juglar, armas y partes de un castillo. Las niñas sostienen y organizan pequeñas tarjetas blancas con palabras en castellano: «puente levadizo», «caballero» o «escudo». En la parte inferior de la foto se ve una estructura que representa la fachada de un castillo, con detalles de una bruja en una ventana, guardias en la entrada y un ¿fantasma?

¿Han estado ellas en algún castillo medieval? Me encanta cómo la arena se convierte en el escenario perfecto para que las niñas exploren ese mundo de caballeros, damas y castillos. Las tres niñas levitan, juegan y aprenden historia,

resuelven problemas y trabajan en equipo. Educar, muchas veces, es simplemente jugar.

Liman Boisha

HABLEMOS DE SALUD MENTAL



La salud mental es un estado de bienestar psicológico que permite a las personas afrontar el estrés de la vida, y las pone en el camino de utilizar sus habilidades, de aprender y de trabajar a gusto, de modo que contribuyan eficazmente a mejorar sus comunidades y a que se sientan bien consigo mismas.

La salud mental abarca aspectos emocionales, sociales y psicológicos, es un derecho humano fundamental e influye en cómo pensamos, sentimos y actuamos.

La salud mental se ve afectada por factores genéticos, biológicos, sociales y ambientales.

Durante dos días, nuestra biblioteca acogió conferencias impartidas por psicólogos saharauis altamente cualificados que abordaron diversos temas, entre ellos el arte de la comunicación, cómo afrontar la depresión y advertencias sobre los peligros de las drogas y las ambiente relajado y cómodo.

Los psicólogos agradecieron a todos los involucrados en el proyecto Bubisher, especialmente pastillas alucinógenas. Tanto nosotros como los asistentes aprendimos muchísimo en un

al equipo de España, sus esfuerzos para garantizar la continuidad de las bibliotecas en los campamentos.

Suadu Mahsan, bibliotecaria Bubisher de El Aaiún

EL JARDÍN CONTRA EL VIENTO



La furgoneta ya no traía nada; había dejado de ser promesa para convertirse en refugio. Sus viajes entre wilaya y wilaya le habían arrancado el brillo, la pintura y casi el aliento. Pero aún resistía, como todo aquí, con esa terquedad de lo que se niega a desaparecer.

Aquella tarde, los niños no corrieron hacia ella esperando libros nuevos. Corrieron buscando sombra. El siroco soplaba con una furia seca, de esas que no avisan y lo cubren todo de olvido. Entonces extendieron la alfombra, azul como un mar que nunca han visto, y se sentaron pegados al costado herido del vehículo. Allí, en ese pequeño triángulo de sombra robado al sol, reconstruyeron su mundo. El libro apareció entre manos pequeñas: gastado, compartido, sobreviviente. El jardín feliz. Qué ironía y qué verdad al mismo tiempo. Porque

en aquel lugar donde la tierra se resquebraja, hablar de jardines no es una fantasía infantil: es una forma de rebeldía.

La niña que leía no alzaba la voz. No hacía falta. El silencio de los demás era absoluto, casi solemne. Escuchaban como quien bebe; como quien sabe que, en el desierto, cada palabra es una gota de agua que no se puede desperdiciar.

A su lado, otra niña sostenía un marco con flores. No eran flores de arena. Eran pétalos arrancados al olvido, conservados bajo el plástico como se guarda un recuerdo o una promesa. Nadie preguntaba de dónde venían. Todos entendían que eran el mapa de un lugar al que todavía pertenecen.

El viento golpeaba la chapa de la furgoneta, queriendo entrar en la historia, pero el círculo de niños era inexpugnable. Aquello no era solo una lectura. Era una declaración silenciosa: podrán quitarnos el paisaje, pero no podrán vaciarnos por dentro.

La furgoneta, agotada, ofrecía sus últimos servicios sin moverse. Ya no cruzaría caminos, pero aún sostenía sueños. Y los niños, sin saberlo, la estaban salvando a ella también, otorgándole el propósito más noble de cualquier máquina: ser el muro que protege la esperanza.

Cuando el cuento terminó, nadie habló de flores ni de regresos. Pero en sus ojos quedó algo nuevo, algo terco. Una semilla invisible plantada en mitad de la nada. Porque esa tarde, mientras el mundo afuera se deshacía en arena, dentro de aquel círculo de sombra el desierto había perdido la batalla.

B. Lehdad

1 DE MAYO

El primero de Mayo de cada año las escuelas, administraciones y ayuntamientos están en pausa de trabajo para recordarnos que, más allá de esta economía mundial basada en la tecnología están los hombres y mujeres que no descansan, no se quejan y soportan el resto del año la rutina diaria del trabajo, intentando cambiar el mundo mientras soportan la presión de las grandes multinacionales que se enriquecen con su esfuerzo, los que por lo menos dos veces al día deciden renunciar y dejarlo todo, pero que cuando suena el despertador se levantan y como cada día vuelven a su puesto de trabajo, los que se esfuerzan para continuar con la misma capacidad y actitud con las que comenzaron a trabajar el primer día, los que si en verdad pararan su actividad laboral toda la economía mundial se caería.



Son la fuerza más poderosa de todos los países y se debería reconocer sus actos cada día y no solo el 1 de mayo

Porque un solo día no refleja sus derechos

Feliz Día Internacional del Trabajo a tod@s

Laila Mahfud, bibliotecaria Bubisher de Auserd

¡¡¡FEDERICO!!!



Una tarde, en la curva del Nido, hacíamos poesía, o tratábamos de hacerla. Hace ya muchos años, pero fue la tarde en la que Federico vino a visitar la hammada. El juego era ir tejiendo versos, uno a uno. Una niña pronunciaba el suyo, la de al lado el siguiente. La poesía era hermosa, hablaba de la noche y el día, el sol y la luna. Pero nos atascamos. Solo hacía falta un verso más, uno solo. Y no, no era ese, y tampoco aquel. Se nos iba la tarde y la poesía estaba incompleta, amputada. No había manera. Entonces me acordé de él, que reposaba y sigue reposando en el barranco de Víznar. Como hoy lo he vuelto a recordar, leyendo Nara, el último libro de Mónica, en el que una niña de la guerra, perdida en el bosque, encuentra un libro que le salva y le da sentido a su vida: el Romancero Gitano, de Federico. Entonces, aquella tarde lejana, les propuse a las niñas y los niños del Nido que le pidiéramos ayuda. ¡Federico!, gritamos. Más fuerte: ¡¡Federico!! Más, más, todos a una, mirando al cielo del Sáhara, al del mundo entero: ¡¡¡FEDERICO!!!! Y entonces, el niño más callado, el niño con el rostro oscurecido, el niño que solo sonreía, pero nunca hablaba, se acercó a mí, puso su mano en mi oreja y susurró el último verso, el que no encontrábamos, el que Federico le confió a él, a todos nosotros: “Y contempla al niño en su cuna”. Y acabamos el poema. Y sí, aquella tarde Federico volvió a la vida de la hammada, como vuelve al bosque en Nara, como vuelve siempre que abrimos sus versos y se nos llena el corazón de verde, como vendrá al corazón de quien quiera hoy escribir un poema.

Gonzalo Moure

REGRESO A LA INFANCIA CON BUBISHER



Nací en El Aaiún (Sáhara Occidental) cuando era la provincia 53 de España y vi su aeropuerto por última vez con siete años, cuando cambiaron el destino de mi padre, militar, de la Policía Territorial a un regimiento de Las Palmas. Mis recuerdos son los de una pequeña que empezó a ir al colegio con niños saharauis, canarios y algunos, muy pocos, que venían de “la Península”, como solíamos llamar a aquel territorio que estaba tan lejos, donde vivía mi abuela. En las clases, solo nos separábamos a la hora de estudiar religión, cuando nos dividíamos con bastante

naturalidad y un poco de pena en dos grupos, deseando que pasara aquel rato para volver a estar juntos y para que, antes de salir al recreo, los profesores repartieran con suma diligencia la leche y el cacao que llegaban en cajas, cada día, a la puerta del aula.

A nuestra edad, creo que ninguno se preocupaba demasiado del motivo de aquella medida distribución diaria, aunque nos impacientábamos porque el proceso no se prolongara demasiado para no perder el tiempo de juegos. Mis compañeros conseguían contagiarme la emoción de aquel reparto, aunque la verdad es que la leche no me gustaba y me pesaba un poco el secreto que mi madre, una de las maestras, me había compartido al preguntarla: que aquel ritual se debía a que el gobierno solo mandaba leche para los alumnos saharauis. Pero los profesores no sabían quiénes habrían desayunado en casa y quiénes no, antes de venir a la escuela, así que habían decidido distribuir por igual las provisiones que llegasen entre quienes acudiéramos al colegio cada mañana. Propuse a mi madre no tomar yo la leche y dejarla para otro; ella me respondió que todos los niños éramos exactamente iguales, y que en ningún caso iba a hacer una excepción conmigo. Debía tomar leche, como todos, apreciarla más,

si cabe -yo sabía que era un regalo de mis compañeros- y no preocuparme porque algún día no fuera a ser suficiente. La leche no llegó a gustarme nunca pero, aun así, aquel secreto, junto a las risas en el patio, la energía de unos niños que corrían muchísimo – quitándose siempre, antes de empezar la carrera, las babuchas o zapatillas que llevaran- y los largos abrazos que me daban, me hicieron sentir siempre un enorme agradecimiento hacia mis compañeros saharauis. Mi madre me enseñó que aquellos abrazos eran especiales. También aprendí que los gobiernos hacen cosas que resultan incomprensibles para sus ciudadanos.



Todo aquello ocurría en unas aulas que recuerdo bastante parecidas a las de las bibliotecas Bubisher de Smara y Bojador, que he conocido en las vacaciones de pascua pasadas. Las mismas sillas y mesas (o unas parecidas), la sombra dentro, frente a la luz cegadora fuera, y la arena colándose por las ventanas y las rendijas. Cincuenta y seis años después de salir de El

Aaiún, he vuelto al Sáhara, esta vez a los campamentos de refugiados en Tinduf (Argelia). He viajado con mi hermano mayor, Emilio -quien me llevaba, de pequeña, sobre sus hombros, a Villodre, la única librería que había en El Aaiún, para “ver si había novedades”, como él decía, siempre esperanzado aunque casi nunca las hubiera-, con Josito, Malena, Ana y Noemí. Y con otros grupos de voluntarios y familias que viajaban a ver a las de los niños que conviven en verano con las suyas, en España, donde les ofrecen unas vacaciones en paz, como las nuestras. Me ha resultado sumamente gratificante ver a mi alrededor tanta generosidad. Y me ha impresionado profundamente volver a sentir aquellos abrazos alegres, largos y espontáneos en las mañanas y las tardes que hemos compartido con los pequeños saharauis en Bubisher. Después de la lectura del cuento de “Zappar a la orilla del mar” en el kamishibai de la biblioteca, cuando acabábamos de sacar punta a una montaña de lápices de colores, al “ganar” el campeonato de pesca o cuando, con poco criterio, les respondía que sí se podían llevar a casa una de las marionetas de Malena.

Después de cantar, antes de correr -sin zapatos, por supuesto-, o cuando tomábamos juntos una barrita de cereales, siempre, en cada oportunidad, te regalaban un abrazo.

Soy socia de Bubisher desde hace años pero nunca había tenido ocasión de ver el impacto que tiene en las wilayas, sobre el terreno. lo que hacemos, como asociación. He podido sentir el respeto que tiene Bubisher entre los mayores -no era raro que alguien se llevara la mano al corazón cuando comentabas que

formabas parte de los “bubisheris”-, el apoyo que supone para las personas que trabajan para la asociación -bibliotecarias, guardas, conductores- y he vivido la importancia que tiene para los niños saharauis tener cerca, en su wilaya, un espacio de calma, sombra y lectura al que poder llegar caminando desde casa, protegiéndose del siroco con un paraguas diminuto. Me lo han dicho los abrazos de Lima, de Fatima y de Amina. Eran como los que recuerdo de mi infancia, de mi pequeña amiga Mireia Chej. Me han recordado que mi madre tenía razón al decirme que aquellos niños y sus abrazos eran únicos, que ellos compartían todo lo que tenían y que yo debía sentirme agradecida.

Elena Sánchez Blanco

SENTADA

Tenía que acabar ocurriendo. Tanto visitar los bibliobuses Bubisher las escuelas, daira por daira, tenía que acabar produciendo un efecto extraordinario a tan temprana edad, aunque desde que nacieron venían observando en sus mayores actitudes y palabras serias dentro de las jaimas, sin perjuicio para sus juegos alegres y despreocupados fuera de ellas. No han alcanzado la edad de disfrutar de unas Vacaciones en Paz, y conocer en vivo otras formas de vida, aunque sí han oído hablar de ellas a sus hermanos, vecinos y amigos de más edad, y poco a poco han ido comparando, que es una forma de conocimiento, con el incipiente sentimiento de que sus vidas están a enorme distancia, en lo que se refiere al bienestar de un vivir digno, por más que ennoblecido por la dignidad de un pueblo, de la que también los más pequeños son depositarios.



Desde el día en que los bibliobuses, con el vuelo lento y raso, como si le pesaran las alas, del Bubisher, llegaron a las escuelas se le abrieron a la población refugiada saharauí infantil las ventanas de la imaginación, por las fueron entrando colores de otros cielos, aires de un mar, del que ya habían oído hablar a sus mayores, sin prestarles más atención que la que se presta a los recuerdos de otros, por más cercanos que sean. Como sea, la llegada. El trabajo conjunto de las maestras y maestros, que les enseñan a situarse en los límites estrechos de su mundo, y de las bibliotecarias con sus equipos educativos, que a base de lecturas y actividades lúdico-instructivas, cargadas de sentido y sensibilidad, les iban haciendo, sin darse cuenta, conscientes de que su niñez, sin perjuicio de la atención y cariño dispensados sin reservas por parte de sus padres, sus hermanos, sus vecinos, sin embargo, algo les estaba enturbiando el presente y obstaculizando su futuro. En la adversidad, la niñez, sin dejar de serlo, lo es menos. La llegada, tan esperada como festiva, de los bibliobuses Bubisher, con su carga de amor y la promesa de un mundo mejor y más bello, propicia que en el espíritu de los más pequeños se vayan entreabriendo caminos de libertad.

El caso es que un buen día se fue corriendo por los barrios la voz, aún no cambiada, convocando a una quedada infantil, a la que acudieron niñas y niños, que protagonizaron una sentada frente al mundo hostil, para decirle, con las manos abiertas dirigidas a lo alto, que desde su inocencia y con sus risas esperan que un día llegue el Bubisher, silbando la canción de la justicia y la libertad, esas palabras que han llegado a entender de tanto oírlas invocar a sus abuelos y padres, sin menoscabo del espíritu de resistencia, marca de sus gentes, y el digno estar en el mundo del pueblo al que pertenecen. Con las manos arriba abiertas, las niñas y los niños denuncian, con su sentada, que no se proteja su niñez, al tiempo que proclaman su esperanza en que no se tarde en llamar a la última sentada de inocente protesta pacífica y victoriosa, aunque para entonces, ellos, los de esta primera sentada colectiva, de la que aquí queda constancia, ya sean adultos.

Fernando Llorente

“PAN Y LIBROS”

Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle
no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro

García Lorca

Fátima crecía en belleza y sabiduría y esa mañana le preguntó a su abuela si la acompañaba a la biblioteca del Bubisher.

La abuela con una sonrisa le puso una condición:

– Si tú me ayudas a amasar y hacer el lefty yo te acompaño.



Enseguida Fátima fue a por la gassa, el agua templada y la harina (hoy la ayuda humanitaria había repartido suficiente y la alegría era de color blanco).

La abuela puso la harina, hizo un hueco y empezó a remover con aquellas manos llenas de experiencia.

A Fátima le encantaba introducir sus pequeñas manos y remover hasta que la masa quedaba suave. Ahora la abuela, con aquella calma y movimientos lentos, cubría la masa y la dejaban reposar. Juntas formaban bolas y ella miraba e imitaba a la abuela con aquellos movimientos tan sutiles y efectivos. Como jugando, formaban esos círculos planos casi perfectos que acababan en las ascuas para su cocción. Cuando el pan estaba dorado, el olor inundaba la jaima. A Fátima le encantaba aquel primer bocado bien caliente y la sonrisa de ambas se fundían en la mirada.

Por la tarde, aunque era mayo, las condiciones climáticas eran extremas y el siroco arreciaba y levantaba el polvo, dándole un color anaranjado al día. Juntas, cogidas de la mano atravesaban la hamada, mientras la abuela iba contando a la nieta cuando ella había llegado hace cincuenta años con su familia y los recuerdos de aquellos días tristes del éxodo. Fátima le preguntaba con ansiedad para cuando volverían a disfrutar de las aguas del mar y de las sombras de las acacias.

Por fin, sus pasos las llevaron al jardín-nido del Bubisher, donde al llegar, la niña cogía su libro preferido, se sumergía en él y lo leía susurrando al oído de la abuela; sus cómplices sonrisas volvían a fundirse. Ella cerraba los ojos y sentía con especial orgullo como su nieta había aprendido a leer, oportunidad que ella no tuvo y en ese momento supo que su nieta era parte del futuro de su pueblo.

¡Viva el Sáhara libre!

M.J. Irigaray

EL CÍRCULO DE LA VIDA

La maestra, a punto de jubilarse, acarició el borde de madera de su escritorio. Al cerrar los ojos, el silencio del colegio vacío se llenó, de repente, de ecos de risas infantiles de hace veinte años.

Se vio a sí misma en el patio, mucho más joven, con el pelo recogido en una coleta que bailaba al ritmo de sus pasos.

¡«El Lazarillo con Aro»! gritaba en el recuerdo. Aquel juego que tanto les gustaba.

Se coloca un aro en el suelo a cierta distancia. El jugador, tras memorizar su posición, debe cerrar los ojos e intentar caminar hasta quedar exactamente dentro del círculo.

Según los manuales, este juego estaba dentro de las dinámicas de orientación espacial a ciegas, equilibrio, coordinación y confianza para mejorar el control del cuerpo en movimiento.



Pero... esa era la parte técnica. Una vez terminado el juego, sentada en círculo con sus alumnos, volvían a la calma y dialogaban.

El aro tiene forma de círculo, y eso se parece a la vida: algo completo, continuo, en movimiento. La vida avanza, sí, pero a veces sentimos que damos vueltas sobre emociones, recuerdos y sueños que hemos vivido.

Ir hacia el círculo con los ojos tapados se parece a la manera en que vivimos. Que nadie conoce realmente el camino mientras lo recorre. Vivimos tanteando, guiados más por la intuición, el deseo o el miedo que por certezas.

La vida tiene un orden, un recorrido y una forma, aunque nosotros solo percibamos fragmentos mientras avanzamos a ciegas.

Y, aun así, seguimos avanzando. Confiando en cada paso que nos conduzca al desarrollo pleno como seres humanos.

Un golpe suave en la puerta la trajo de vuelta al presente. Era el conserje, avisando de que ya era hora de cerrar.

Tomó su bolso, echó una última mirada al patio vacío a través del cristal y sonrió.

Cándida Santiago

VUELVE A MÍ

Lo lanzo con todas mis fuerzas, vuela por sobre la arena describiendo



caprichosas elipses, surca rápido los cielos mientras yo sigo su trayectoria con mi mirada y luego espero con ansiedad que llegue a su destino para que me sea devuelto en idéntica operación.

Y así una y otra vez, una y otra vez.

A menudo pienso que es como un platillo volante y me río solo visualizando su nombre, platillo, e imaginando un cielo lleno de platillos cruzándose en su trayectoria para llegar a mil destinos que se convierten rápidamente en punto de salida para otros mil vuelos. Y veo mi sonrisa instalada también

en las caras de mis amigas y amigos al haber convertido el patio de la escuela en una galaxia de platillos multicolores y juguetones. Alguno fantasea con colocarles unas cintas y convertirlos en cometas interestelares que se dirigen a Andrómeda, a otro le gusta jugar con las sombras que proyectan en la arena y quiere ver una lluvia de balones caídos del firmamento. Yo estoy convencida de que dentro del platillo hay un pequeño bubisher que es en el fondo quien lo dirige, quien hace que suba y baje y no le deja quedarse colgado en los tejados. El otro día se lo conté a mi amiga y se rio de mí; me da igual, tal vez ella no lo vea, pero yo estoy convencida de que no es un platillo el que vuela. El que vuela es el bubisher y es él el que nos trae sonrisas, juegos, sueños...

Y así me paso muchas tardes riendo, jugando, saltando, imaginando, soñando...

Javier Bonet

EL ANTIFAZ DE CRISTAL (PEDAGOGÍA FRENTE AL OLVIDO DIGITAL)

No escribo estas líneas desde la distancia de quien se cree inmune, sino desde la honestidad de quien comparte la misma herida. Yo también he llevado el antifaz de cristal; yo también he sentido el peso invisible de ese algoritmo que nos anestesia a todos, sin importar la edad ni la geografía de nuestro exilio. Sin embargo, las siguientes reflexiones nacen de una victoria íntima y reciente: llevo días habitando una luminosa «sobriedad» digital (alhamdulillah), rescatando el tiempo para volcarlo en el disfrute puro de la lectura y en el compromiso de la escritura. Han sido los míos, el eco de nuestra resistencia cultural y la urgencia de los tiempos, quienes me han animado a dar el paso y plasmar estas palabras que siguen. Escribo este texto como un testimonio de ese despertar propio, pero, sobre todo, como una llamada colectiva a la conciencia.

Porque en la inmensidad de la hamada, donde parte de nuestro pueblo lleva más de cincuenta años custodiando su existencia y su identidad frente al desierto y el exilio, una nueva frontera invisible ha comenzado a levantarse. No está hecha de muros de arena ni de campos de minas, sino de luz azul. Es esa máscara tecnológica que hoy coloniza los rostros de menores y mayores. Un bucle infinito diseñado por algoritmos lejanos que devora el tiempo, la atención y, de manera lazo de unión, la conciencia del porqué se resiste.



Para una comunidad que ha hecho de la supervivencia un acto político diario, la frontera entre el alivio de la distracción y la destrucción cultural es vital. En la dureza del refugio, bajo el desgaste que provoca la espera prolongada, la tecnología ha entrado a menudo como un caballo de Troya doméstico. Es fácil caer en la trampa social de confundir educar al niño con aparcarlo. Ante el agotamiento crónico y la falta de horizontes inmediatos para la infancia en el confinamiento del exilio, el teléfono móvil se convierte en la niñera perfecta, en el sedante ideal para mantener a los menores quietos y entretenidos. Se entrega el dispositivo creyendo aliviar su encierro, pero la cruda realidad es que se les deja estacionados en un limbo virtual. Este «embobamiento» digital temprano tiene un precio

social y político devastador: anestesia la curiosidad histórica desde la niñez, debilita la capacidad de esfuerzo y paciencia, y desconecta a las nuevas generaciones de las raíces de su propia causa.

El enemigo de la existencia de este pueblo celebra este letargo silencioso. Sabe perfectamente que un pueblo que olvida su historia está vencido antes de cualquier batalla. El algoritmo prescinde de la geografía, borra los nombres de los territorios sagrados de los ancestros y difumina la identidad colectiva. Cuando las pantallas dominan el día a día, se corre el riesgo inminente de que los jóvenes; y también los adultos contagiados por la misma inercia terminen por olvidar dónde están, por qué están allí y para qué siguen resistiendo.

El aislamiento digital ataca directamente a la base de la supervivencia comunitaria que no es otra cosa que la socialización genuina. Esa fuerza que sostuvo al pueblo durante décadas se tejió siempre al ras del suelo, al calor de la palabra compartida y del rito sagrado del té, caracterizado por su sobriedad y su pausa. Hoy, el teléfono móvil preside demasiados encuentros cotidianos. Está presente en las jaimas como un invitado de honor que dicta el silencio, relegando a un segundo plano lo que verdaderamente constituye el alma de la resistencia que es la conversación espontánea, el debate político vivo, el arte de compartir la escasez mirándose a los ojos y la transmisión oral de la memoria de los abuelos, que es el único mapa real hacia la libertad.

Las instituciones, las estructuras sociales y las autoridades de la resistencia no pueden ser cómplices de este naufragio por omisión. No se trata de rechazar la tecnología, la cual es una herramienta indispensable para la denuncia internacional y la diplomacia hacia el exterior, sino de legislar y proteger el alma colectiva para que la pantalla no devore la identidad desde dentro.

Para evitar ser asimilados por este nuevo colonialismo invisible, es urgente activar una pedagogía de la soberanía cultural en tres frentes fundamentales:

I. En el hogar: La pedagogía de la mirada y la palabra

Educar en el exilio exige la valentía de sostener el límite y la presencia. Antaño, en la sobriedad más absoluta de la marcha y del refugio, no hacían falta gritos, amenazas ni estridencias para transmitir el respeto; bastaba una sola mirada firme, serena y cargada de dignidad de un padre o una madre o un maestro o una vecina para que el menor comprendiera el código de su deber y su identidad. Esa mirada transmitía un hilo invisible de gratitud y pertenencia. Para rescatarla, los adultos deben ser los primeros en despojarse del antifaz de cristal. La jaima, sí el gueitún, el beit deben volver a ser un santuario de la memoria oral, un espacio donde las pantallas se apaguen para dar paso al relato de la geografía perdida, de los nombres de la tierra y de los valores de la dignidad.

II. En la comunidad: Blindar los espacios de socialización

Los encuentros comunitarios e intergeneracionales deben ser protegidos de la tiranía digital. El rito de sentarse juntos debe volver a ser un pacto de presencia absoluta. La verdadera socialización, la que sostiene la estructura de un pueblo refugiado, se hace mirando al rostro del compatriota, debatiendo, compartiendo la vivencia real y fortaleciendo el tejido social. La juventud necesita aprender a leer el desierto y la historia en las arrugas y los ojos de sus mayores, no en el reflejo de un video efímero.

III. En las instituciones educativas y el ocio: El nido de la palabra y el valor del Bubisher

Las escuelas en los campamentos y en el exilio no pueden limitarse a replicar los modelos de digitalización acrítica de Occidente. Deben ser los bastiones del pensamiento profundo. Es urgente que los colegios y las actividades extraescolares se conviertan en espacios donde el diálogo, el debate vivo y la conversación cara a cara recuperen el protagonismo absoluto, enseñando a los niños a argumentar, a escucharse y a pensar por sí mismos.

En esta batalla contra el mal digital, el pueblo cuenta con un aliado excepcional nacido de la solidaridad: las bibliotecas Bubisher. Estos espacios no son solo contenedores de libros, sino verdaderas farolas de resistencia cultural y nidos de la palabra. El aprovechamiento sistemático e intensivo de la Red bibliotecaria Bubisher por parte de los colegios y los centros juveniles es una estrategia fundamental. Llevar a los niños a la biblioteca, fomentar la lectura en papel, los talleres de creación, los cuentacuentos y el encuentro comunitario en torno a la literatura es el antídoto más eficaz contra la hipnosis del algoritmo. El Bubisher despliega sus alas de papel para rescatar la atención robada, ofreciendo un refugio real donde la imaginación y la identidad no se «aparcen», sino que crecen libres.

La memoria histórica no es un objeto de museo; es un músculo que se atrofia si se sustituye por el consumo pasivo de una pantalla. Frente al diseño tecnológico que busca la dispersión y la amnesia de los pueblos oprimidos, la única respuesta posible es una sociedad despierta, unida y consciente de su destino. Apaguemos la luz artificial que nos debilita; es hora de volver a encender la palabra viva. Detrás del cristal azul no está la libertad; la libertad sigue estando en la fidelidad a la tierra, en el valor de los libros compartidos y en los ojos de quienes se resisten a desaparecer.

B. Lehdad

EL ¿SILENCIO? DE LOS CORDEROS

Hoy muchas familias saharauis acuden a las mezquitas con sus mejores galas; es un día especial, celebran ***Eid al Adha***, que podríamos traducir como *la Fiesta del Sacrificio, la Fiesta del Cordero*. Os deseamos un feliz día y que esta fiesta os recuerde la importancia de los valores del sacrificio y la solidaridad, valores que el pueblo saharauí tiene siempre presente en su lucha por la libertad.

Hoy he vuelto a ver la película que da título a este artículo. El famoso film de Jonathan Demme es mucho más que un thriller psicológico.

Hannibal Lecter viene a decirnos que la inteligencia no conduce necesariamente a la moralidad, representa un mal sofisticado, inteligente, culturalmente refinado, capaz de manipular sin necesidad de violencia visible constante. Clarice Starling representa una búsqueda existencial, no solo quiere resolver un caso, tiene conciencia moral, pero opera en instituciones lentas, ambiguas o interesadas, intentando salvar víctimas dentro de un sistema excesivamente grande para ella.

Buffalo Bill intenta construirse una nueva identidad usando la piel de otros, toda una declaración de intenciones



Se nos sugiere que la línea entre civilización y barbarie es frágil; los asesinos no vienen “de fuera” de la sociedad, forman parte de ella. En la película, los corderos representan inocencia, vulnerabilidad, son víctimas silenciosas cuya voz nadie *escucha*. Lo inquietante no es solo el crimen, sino cómo instituciones enteras conviven con él. El horror deja de parecer horror cuando se vuelve cotidiano. Los “corderos” gritan, pero el mundo escucha selectivamente.

No hay que ser muy lince, ni siquiera muy borrego, para darse cuenta de que la película plantea un dilema moral: *¿Qué ocurre cuando una sociedad aprende a convivir con el sufrimiento ajeno mientras mantiene una apariencia de normalidad civilizada?*

¿Os suena a algo ese dilema? Pues lo dicho, Feliz ***Eid al Adha***.

Javier Bonet

MI NIÑA DEL DESIERTO



La niña se volvió pájaro
Y volaba por el desierto.
Arena en sus alas
¡Ay que no puedo!
La niña desciende,
tejiendo estrellas en el cielo.
Con lágrimas en los ojos,
Escucha el rugido del viento.
Le llegan remotos recuerdos de oleaje y aguas saladas.
Y quiere volver entre corales y camellos.
Por eso, sola, va cabalgando entre el viento, la arena y el claro de luna que la ilumina.
A veces camina, otras, vuela.
Ahí va llena de ilusiones y de muchos, muchos temores por el desierto.

M. J. Irigaray

SANDÍAS



La imaginación es una forma de resistencia. El agua invisible del desierto se filtra silenciosa en los sueños de siempre jamás y riega los frutos que prosperan bajo el palpitar de las mentes fértiles. Después vienen las cartulinas y las formas y los colores, el alegre juego que transforma la realidad en misterio. Y de ahí todo lo demás: las manos infantiles por donde escurre el agua fresca que suelta la sandía, la sonrisa dulce que se pinta sobre la cara de quienes han mordido la carne roja de la fruta, el sabor que inunda la boca con el mismo gusto que dejan las sensaciones que nunca se pierden.

Pero más allá de ese momento único en el que las niñas del Sáhara juegan a imaginar una realidad distinta, ese trozo de cartón convertido en sandía también se ha erigido ahora en un símbolo de reivindicación y denuncia. A unos cientos de kilómetros de los campamentos de refugiados de Tinduf, Palestina sigue luchando por su derecho a poder vivir en paz y en libertad en su propio territorio. Los colores de las banderas se confunden con los colores de la sandía. Rojo, verde, blanco y negro. Las banderas de Palestina y del Sáhara se hermanan en ese símbolo -redondo, fresco, sabroso- de resistencia al colonialismo.

Marcelo Matas de Álvaro

EL BUBISHER VUELA DE MÉXICO A IRLANDA

The image shows a promotional poster for a symposium. The top left corner features the date '22 MAY 2026' in a blue circle. The main title is 'THE FORGOTTEN PEOPLE OF WESTERN SAHARA: AFRICA'S LAST COLONY' in English, with the Spanish translation 'LOS OLVIDADOS DEL SAHARA OCCIDENTAL: LA ÚLTIMA COLONIA DE ÁFRICA' below it. The event is part of the 'UCC SPLAS SYMPOSIUM'. The program includes a 10AM opening address by Sidi Braika, a 11AM coffee break, a 11:30 AM film screening of 'Desert Phosphate' with a talk by film director Mohamed Suliman Labat, a 1:30-2:30 PM lunch, a 2:30 PM presentation by Susana Baez, a 3pm film screening of 'Marlab', and a 3:15pm round table discussion. The poster includes two maps of Africa, a photo of a woman in a headscarf, and a QR code. Logos for UCC, CASiLaC, and the Department of Spanish, Portuguese and Latin American Studies are at the bottom.

Los olvidados del Sáhara Occidental: la última colonia de África. Organizado por UCC Latin America, un encuentro en el que participa Susana Baez con la ponencia: Las Bibliotecas Bubisher, Empoderamiento cultural para la comunidad saharauí. Proyecto impulsado por SAHARA BUBISHER al que tuve oportunidad de acercarme gracias a Lourdes Mancilla y Ahmed Mulay Ali. No podemos ignorar a quienes llevan 50 años en la exigencia de recuperar su territorio, entre otras razones porque son un ejemplo de dignidad humana. Si andan por Cork, no se lo pierdan.

Susana Baez

GENTE MARAVILLOSA

Sobre un asfalto que casi hervía y bajo unas carpas envueltas en un sol inmisericorde, comenzó a las once de la mañana el festival Sahara Libre. Mucho antes, la Asociación Alouda Cantabria había hecho lo que parecía casi imposible: organizar una extraordinaria exposición fotográfica sobre la memoria del pueblo saharauí, desde la época colonial hasta el momento actual. Cincuenta fotos estremecedoras que son una pequeña muestra de las veinte mil que ya tienen recogidas y digitalizadas. Amaia Carracedo y Ainhoa, dos de las responsables de este magnífico trabajo, iban explicando a los cientos de personas que pasaron a verla, la importancia de este legado para que la dura historia de este pueblo no caiga en el olvido.





Muy cerca, Pilar Segura regalaba sonrisas a quienes pasaban por la carpa del Bubisher buscando un libro. Casi doce horas de pie y sin perder el entusiasmo que la caracteriza. Y a su lado, Liman firmando ejemplares de su nuevo libro, “Ya calló la lluvia” y de “Ritos de jaima “el primero que escribió para el Bubisher. Un poco más allá, en el espacio infantil, Josito, rodeado de niños, contaba una

historia con el Kamishibai sin importarle que su voz se mezclará con la música que sonaba a poca distancia.

El calor seguía aumentando y aumentando y si no se deshidrataron fue gracias a Taquete, que siempre atento a la intendencia, les llevó todo tipo de bebidas envueltas en hielo en su inseparable nevera portátil. Si no hubiera sido por él, habrían caído como moscas.



Y desde Valencia y Albacete, María, Chenchi y Miguel añadieron frescura y emoción a quienes estaban revoloteando de una carpa a otra, aunando esfuerzos para que todo saliera bien, a lo que contribuyeron, y de qué manera, Javi y Blanca, Coral e Irene.



A eso de las nueve de la noche, agotados pero felices de haber estado en esta fiesta cuyo objetivo era dar visibilidad a la causa saharai, pusieron punto y final a su aportación a este festival y lo sellaron con un abrazo enorme y con el deseo de seguir juntos trabajando con y por el pueblo saharai.

